

Correspondiendo

En esta sección se publican opiniones de nuestros lectores contenidas en cartas y otras comunicaciones dirigidas a la Redacción, y otros textos de interés.

Los premios Temas de 2007 fueron dedicados a la memoria de dos importantes intelectuales cubanos: Lisandro Otero y Francisco Pérez Guzmán, asiduos colaboradores de esta revista. El 21 de enero de 2008, en el Centro Dulce M^a Loynaz, Rogelio Rodríguez Coronel y Oscar Zanetti pronunciaron las respectivas palabras de recordación y homenaje a tan entrañables amigos.

Lisandro: múltiple y diverso

Creo que no podíamos reunirnos para dar un premio de arte y literatura y también de ciencias sociales sin tener una semblanza, una memoria, un recuerdo, para Lisandro Otero.

Lisandro Otero es por todos conocido como novelista, y sabemos perfectamente que su obra está ya en la historia de la literatura cubana del siglo xx e, incluso, del actual. Esa faceta de Lisandro ha sido analizada por los críticos —aunque quizás no con la asiduidad que merecía; y habría que revalorizar algunos de sus textos—, se ha estudiado en las universidades, en distintos coloquios sobre literatura cubana. Pienso, por ejemplo, en *Pasión de Urbino*, una novela que realmente merece recolocarla dentro de la historia de la literatura cubana como una de las experiencias literarias, específicamente estéticas, más interesantes e inquietantes de la década de los 60.

Sé que me invitaron porque me dedico al estudio de la narrativa, pero voy a defraudarlos un poco. No voy a hablar de la narrativa de Lisandro. Me interesa otra arista de una personalidad múltiple y diversa, y es su hechura intelectual, su concepción de lo que es un artista, pero, sobre todo, un intelectual.

Lisandro Otero deja una trayectoria digna de aplauso. Comentaba yo con Nara, su compañera, que a él no le venían bien minutos de silencio, sino un aplauso, por una vida múltiple, diversa, rica, donde hubo, por

supuesto, como en toda trayectoria humana, aciertos y desaciertos, pero fue un apasionado de la vida y de la tarea, de la asunción de una tarea en «el reino de este mundo» —como diría Carpentier—, en sus múltiples dimensiones. Por ejemplo, todavía no nos hemos detenido suficientemente en el periodismo y en el ensayismo de Lisandro. La historia de la cultura cubana no puede prescindir de sus reflexiones en torno a los más diversos temas.

En el libro *Trazado* —por mencionar uno de los primeros— hay una reflexión detenida, acuciosa, inteligente, no solo de alguien que ha participado directamente en ese proceso, lo cual ya es suficiente, sino de alguien capaz de distanciarse y reflexionar sobre las calidades, los claroscuros incluso, de este proceso; capaz de historiar y proponer una periodización muy atinada, siendo partícipe. Es decir, ese intelectual que se entrega a la tarea, también tenía, sin embargo, la suficiente claridad, discernimiento, como para meditar, objetivamente, sobre aquello en lo cual él estaba participando.

Lisandro tenía una formación académica que le vino desde sus estudios en Francia, en la Sorbona, fue alumno de Roland Barthes, de Michel Butor, y era sobre todo un gran autodidacta, con una disciplina de lectura y de formación; un tema que le interesara, lo agotaba en todas sus dimensiones, con toda la bibliografía que tuviera al alcance y la que podía conseguir. Era un lector incansable y apasionado de cuanto le cayera a mano; no solo de literatura o de arte, sino también de todas las ciencias sociales y las humanidades. Cuando escribía, hacía lo mismo. *Temporada de ángeles* es la muestra más hermosa de la investigación que hizo en los archivos de Londres. Esa novela —que para mí es una de las joyas de la literatura latinoamericana del siglo xx— podía ser la quintaesencia que es, mas allá de los hechos históricos, comprobables,

solamente con una comprensión profunda, con una intelección delicada, detenida, sobre ese proceso histórico en la Inglaterra del siglo xvii.

Ahí están, además, sus textos ensayísticos, sus crónicas periodísticas. Fue un cronista del siglo xx, sin dudas, no solamente de la cultura, sino también de la política y del desarrollo social en general. Desde ese punto de vista, por lo tanto, es un tipo de intelectual que, como él dice, surge en Cuba con el proyecto de la Revolución y navega dentro de él con todas sus abolladuras y también con todos sus éxitos, y es capaz de concebir el hecho literario no solamente como expresión, sino como conocimiento, como algo en lo que se sumerge el intelectual para plasmar una imagen que denota conocimiento.

Otra dimensión a la que me gustaría referirme, por ser para mí muy entrañable, es la de Lisandro Otero amigo, consejero, dialogante, incitador, interrogante. Recuerdo que cuando uno menos lo esperaba salía con una pregunta: ¿y a ti qué te parece tal cosa?, ¿y qué tu piensas de esto?, ¿tú lo verías de otro modo? Por supuesto, para mí era el maestro, por sus textos, por esa personalidad.

Se entregaba a una obra con pasión, no importa las dificultades que hubiera, y para mí fue una experiencia realmente muy hermosa, y de crecimiento, haber sido dirigido por Lisandro dentro de la Junta de Gobierno de la Academia Cubana de la Lengua, que, como ustedes saben, es una institución que sobrevivió gracias a esta casa y a su dueña, Dulce María Loynaz, que fue persistente e ineludible. Luego, por un breve tiempo, a pesar de su enfermedad, Salvador Bueno la dirigió, y finalmente, a partir de 2004, Lisandro asume su dirección. Él nos convocó al trabajo, a la dedicación, la voz de Cuba fue importante dentro del concierto panhispánico, y eso se debe en mucho a su labor como académico,

como director de esa academia. La pérdida, realmente, es inmensa, pero queda el ejemplo de esa formación, de esa entrega, de ese amigo, de ese calor humano y de esa pasión que ponía en cuanto asumía y que, sin dudas, es lo que va a hacer que Lisandro siempre permanezca entre nosotros.

Panchito o la tenacidad

El Premio de ensayo de la revista *Temas*, en la modalidad de Ciencias sociales, se dedica en este año a Francisco Pérez Guzmán por acuerdo unánime de su Consejo Editorial. Pero voy a revelarles una interioridad: al hacerse la proposición, en las caras de algunos de los presentes se dejó ver una fugaz sombra de duda, rápidamente despejada por el crédito que les merecían los colegas que respaldaban la propuesta.

Ahora otra anécdota. Cuando se preparaba la edición de las memorias del general Enrique Loynaz del Castillo, su hija, la insigne poetisa propietaria de esta casa, llamó a una amiga historiadora para preguntarle quién era ese Francisco Pérez Guzmán a quien Julio Le Riverend había propuesto para escribir el prólogo al libro de su padre, excusándose él mismo de hacerlo. La respuesta de que probablemente no había en Cuba nadie más capaz para tal empresa dejó tranquila a Dulce María, y más satisfecha aún la posterior lectura de aquellas páginas.

Y va la tercera: al término de la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Ciencias Sociales a Francisco Pérez Guzmán, el ministro de Cultura Abel Prieto —que la había presidido— se acercó a uno de los presentes y le comentó: «Oye, chico, pero este hombre tiene una obra extraordinaria». Abel se había percatado allí del hecho, y todos sabemos que el conocimiento de nuestro ministro sobre la reciente bibliografía cubana va mucho más allá de las exigencias de su cargo.

La reiteración de la circunstancia amerita una explicación. Panchito —como le gustaba que lo llamasen— era amante de los deportes, especialmente un fanático del béisbol, cuyos eventos seguía en todos sus escenarios. Las labores y la edad lo habían apartado desde tiempo atrás de la práctica deportiva —salvo las largas caminatas—, pero hubo un deporte al cual su modestia lo mantuvo fiel hasta el último día de su vida: el de pasar inadvertido; algo realmente inusual en nuestro medio.

Así, con la mayor sencillez, Pancho se convirtió en el historiador más prolífi-

co de su generación. Una docena de títulos en treinta años resulta cifra muy respetable para una profesión en la que la necesidad de informarse y el análisis de la información consumen un tiempo considerable, usualmente muy superior a la escritura. El valor de esta obra no radica, desde luego, en la cantidad: galardones en concursos literarios, premios de la crítica, reconocimientos de la Academia de Ciencias jalonan una trayectoria que habría de culminar, como se sabe, en los premios nacionales de Historia y de Ciencias Sociales. La bibliografía de Pérez Guzmán sorprende igualmente por su amplitud temática, pues incursiona en diversos momentos y asuntos de nuestra prolongada historia colonial, aunque su centro indiscutible está en las guerras por la independencia de Cuba. El título inaugural de esa serie, *La guerra en La Habana* (1974), indagaba sobre las circunstancias de la caída de Antonio Maceo y, tras revisar 47 versiones distintas del infausto acontecimiento, adelantaba una explicación construida a partir de las peculiaridades de la contienda en el teatro de operaciones habanero. Su segundo libro, *La batalla de Las Guásimas* (1976), sería sobre todo una exploración del paradójico significado estratégico de aquella victoria mambisa. Si me detengo en estas caracterizaciones, es porque quiero destacar cómo en un contexto en el que predominaban la crónica y la descripción, el novel historiador que entonces era Panchito ya se distinguía por su interés en buscar respuestas a problemas sustantivos. Esa sería la tónica de su muy fecundo itinerario intelectual. En el estudio sobre la Guerra Chiquita —publicado en colaboración con Rodolfo Sarracino en 1982— se introduce en el debate sobre la pertinencia de aquella intentona liberadora y escudriña las causas de su frustración; con *Máximo Gómez. La guerra de liberación* (1986), se propone precisar los aportes tácticos y estratégicos del Generalísimo a partir del examen cuantitativo y la tipificación de sus acciones militares; en *Herida profunda* (1998) nos ofrece la primera evaluación concreta del significado demográfico y humano de la Reconcentración. Y así fue hasta la última de sus obras, *Radiografía del Ejército Libertador* (2005), penetrante caracterización social del ejército cubano durante la última guerra de independencia. A partir de un amplio y esmerado análisis de los combatientes, de los libros de control de las distintas unidades militares y otras

fuentes, Panchito consigue trazar con mano maestra el perfil humano, a menudo inesperado, pero siempre convincente, de la hueste libertadora. Ese solo resultado haría de este libro un aporte indiscutible pero —testimonio de plena madurez— el autor también fundamentó en sus páginas criterios que echan por tierra más de una verdad establecida, y dejó abiertas interrogantes cuyas respuestas serán esenciales para construir una visión auténtica, necesariamente más compleja y equilibrada, del proceso independentista cubano. Como buen bailarín, Pérez Guzmán llegó a la casa del trompo para marcar con su original —y reveladora— impronta el tema por excelencia, la materia más trabajada, de la historiografía cubana.

Existen pues razones suficientes para que se comprenda por que *Temas* coloca su premio de ensayo histórico-social de este año bajo la advocación de Francisco Pérez Guzmán. Pero aún no están expuestas todas las razones: en la obra de Panchito, más que lo conseguido, quizás lo realmente admirable son las circunstancias en que esta hubo de lograrse.

Nacido en Güira de Melena, en el seno de una humildísima familia de origen campesino, Panchito contaba la alegría que invadió su casa el día que dejaron de alumbrarse con queroseno. Sus lecturas no iban más allá de la prensa y la *Bohemia*, o alguna otra revista de la época; su horizonte cultural se extendería al calor de las discusiones de barbería y aprovechando las oportunidades que a un joven pueblerino podía ofrecerle la pertenencia a una organización fraternal. La Revolución, con la cual había colaborado desde la lucha clandestina, le despertó una infatigable sed de lectura y también un afán de participación que lo llevaría a las filas de las fuerzas armadas donde, tras formarse como técnico aeronáutico, alcanzó el grado de oficial. Hasta ese momento, las aspiraciones intelectuales de aquel joven no habían ido más allá de hacerse cronista deportivo.

En la espléndida —y postrera— entrevista que le hiciera Pedro Pablo Rodríguez para *La Gaceta de Cuba*, Panchito cuenta cómo fueron los pedidos de auxilio de su madre, aplastada por la encomienda de escribir una historia de Güira de Melena, los que lo introdujeron en el intrincado territorio de la historiografía. Urgido por aquel reclamo, «desembarcó» en la Biblioteca Nacional, donde encontró el apoyo de Luis Felipe Le Roy, Zoila Lapique y algunos otros estudiosos de

nuestro pasado que allí se reunían, pues lo único que Panchito siempre pidió sin apenarse fue consejo (y también café). Claro, que el resultado no fue la historia de Güira —que finalmente se le quedó en el tintero—, sino el ya aludido texto sobre la acción de San Pedro. Hurtando algún tiempo al trabajo como oficial instructor en la escuela de Barbosa —siempre a escondidas de su jefe que no entendía semejante afición— y, sobre todo, en continuas jornadas de 6 a 10 de la noche en la Biblioteca Nacional, pudo llevar adelante la investigación quitando muchas horas al sueño, pues regresaba a Güira a medianoche y debía estar en pie nuevamente a las cinco de la mañana, para que no lo reportasen como ausente en su unidad militar. El éxito de *La guerra en La Habana* determinó que el mando de las FAR lo trasladara a la revista *Verde Olivo*, donde podría desplegar un trabajo más acorde con su ya bien definida vocación historiográfica. Sin embargo, no sería hasta 1982, cuando pasó a trabajar al Instituto de Ciencias Históricas de la Academia de Ciencias, que Panchito pudo dedicarse plenamente a la investigación.

Los primeros libros de Pérez Guzmán contaron con inmejorable asesoría y revisión, pero fueron la obra de un aficionado. Cuando nuestro homenajeado llegó a sentarse por primera vez en un aula universitaria, ya tenía en su aval una bibliografía más nutrida que algunos de sus profesores. Sin embargo, plenamente consciente de sus carencias, aprendió con toda modestia cuanto se le podía enseñar en el oficio de historiador, y salió de «la colina» con un título bajo el brazo y un montón de amigos.

Si algo sabía Panchito obtener fácil y francamente era la amistad; creo que no conocía otra forma de relacionarse. Repartía por igual su afecto entre los ilustres y los sencillos, cuidando en especial de sus más jóvenes colegas, para los que invariablemente tuvo a mano —según viniera al caso— la sugerencia acertada, la crítica oportuna o la palabra de aliento.

Su capacidad de entrega, su sentido del compromiso y una tenacidad inagotable permitieron a Pérez Guzmán plasmar una obra historiográfica de excepcional relevancia. Tuvo logros muy notables y estos, afortunadamente, le fueron reconocidos. Los éxitos, sin embargo, no menguaron su candor ni saciaron su sed de conocimiento. Amaba profundamente su profesión y nos había advertido: «Si aspiramos a que la ciencia histórica avance mucho más, es urgente romper esquemas

y tradiciones, y luchar contra los obstáculos que se presentan. Claro que el cambio debe empezar por uno mismo...» El supo hacerlo: consiguió superar sus propios criterios y alcanzar así la más completa y la menos frecuente de las realizaciones.

Porque todo esto merece recordarse, *Temas* ha querido dedicarle su premio.

Prisión Federal de Victorville,
California
Diciembre 23, 2008

Querido compañero Rafael Hernández:

A principios de este año encontré citados unos artículos de *Temas* que me interesaron (creo que fue en «Al borde de todo», de Julio César Guanche) y le pedí a la amiga Dana Lubow, bibliotecaria que me escribe desde California, que me los buscara en Internet. Ella, a través de Nelson Valdés, me encargó los tres núme-

ros de la revista donde aparecían, y fueron esos los primeros ejemplares que tuve en mis manos. Unos meses después recibí otro número directamente de ustedes, y hace muy poco me dieron el de enero-marzo 2008, con su carta. (Tal vez este lo hayan mandado primero que el anterior, pero no hay mucho orden en el manejo de mi correo en la prisión).

El propósito de estas líneas es darle las gracias por su carta y por la decisión de enviarnos la revista, además de felicitarlos por la calidad de la misma y por sus aportes a la «cultura del debate» que tanto se necesita fomentar en nuestros medios. Aprovecho para igualmente felicitarlos por el 50 aniversario de nuestra Revolución (le agradecería que pudiera transmitirlo muy especialmente al compañero Alfredo Guevara, en nombre de los cinco) y deseárselos un feliz y muy exitoso 2009.

Con gratitud y un fuerte abrazo,

Gerardo Hernández Nordelo

Co. RAFAEL HERNÁNDEZ
DIRECTOR, REVISTA TEMAS
EMAIL: temas@icaic.cu

PRISIÓN FEDERAL DE VICTORVILLE, CALIFORNIA
DICIEMBRE 23, 2008

QUERIDO COMPAÑERO RAFAEL HERNÁNDEZ:

A PRINCIPIOS DE ESTE AÑO ENCONTRÉ CITADOS UNOS ARTÍCULOS DE TEMAS QUE ME INTERESARON (CREO QUE FUE EN "AL BORDE DE TODO", DE JULIO CÉSAR GUANCHE) Y LE PEDÍ A LA AMIGA DANA LUBOW, BIBLIOTECARIA QUE ME ESCRIBE DESDE CALIFORNIA, QUE ME LOS BUSCARA EN INTERNET. ELLA, A TRAVÉS DE NELSON VALDÉS, ME ENCARGÓ LOS TRES NÚMEROS DE LA REVISTA DONDE APARECIAN, Y FUERON ESOS LOS PRIMEROS EJEMPLARES QUE TUVE EN MIS MANOS. UNOS MESES DESPUÉS RECIBÍ OTRO NÚMERO DIRECTAMENTE DE USTEDES, Y HACE MUY POCO ME DIERON EL DE ENERO-MARZO 2008, CON SU CARTA. (TAL VEZ ESTE LO HAYAN ENVIADO PRIMERO QUE EL ANTERIOR, PERO NO HAY MUCHO ORDEN EN EL MANEJO DE MI CORREO EN LA PRISIÓN).

EL PROPÓSITO DE ESTAS LÍNEAS ES DARLE LAS GRACIAS POR SU CARTA Y POR LA DECISIÓN DE ENVIARNOS LA REVISTA, ADemás DE FELICITARLOS POR LA CALIDAD DE LA MISMA Y POR SUS APORTES A LA "CULTURA DEL DEBATE" QUE TANTO SE NECESITA FOMENTAR EN NUESTROS MEDIOS. APROVECHO PARA IGUALMENTE FELICITARLOS POR EL 50 ANIVERSARIO DE NUESTRA REVOLUCIÓN (LE AGRADECERÍA QUE PUDIERA TRANSMITIRLO MUY ESPECIALMENTE AL COMPAÑERO ALFREDO GUEVARA, EN NOMBRE DE LOS CINCO) Y DESEÁRSELES UN FELIZ Y MUY EXITOSO 2009.

CON GRATITUD Y UN FUERTE ABRAZO,

Gerardo Hernández Nordelo

Fernando Rojas, viceministro de Cultura, hizo la presentación de los números 55 y 56 de Temas, el 16 de diciembre de 2008, en la Galería 23 y 12, en El Vedado. Estas fueron sus palabras:

Quiero saludar la oportunidad de presentar la revista *Temas* del cincuenta aniversario del triunfo de la Revolución en esta fecha, y haberlo podido hacerlo aquí, y sobre todo, haber escuchado, con mucha satisfacción, el panel de tres compañeras que nos han dicho mucho de lo que este número y esta conmemoración significan.

Comprenderán cuán difícil era la encomienda de presentar, nada más y nada menos, que dos números de *Temas*. En el momento de escribir estas líneas, acababa de leer el 55 a marcha forzada. Con la cortesía y la calidez que lo caracteriza, Rafael me pidió que hablara de la Revolución. Entonces, pensé, hablaré de la Revolución, del número 55, que también es sobre la Revolución, y si las reuniones que tengo me dan tiempo, por lo menos le echaré un vistazo al 56.

¿Qué es para mí la Revolución? Primero, la memoria del estudiante que fui, los hombres y mujeres de mi generación fuimos a la escuela y a la Universidad. Por más de quince años consecutivos, apenas interrumpidos por el servicio militar —en mi caso lo hice más tarde en la República Popular de Angola, y aprovecho para recomendarles, el excelente trabajo de Piero Gleijeses, que aporta a la visión de las luchas cubanas en África, el significado de estas para la independencia de Namibia.

La posibilidad de estudiar la entendimos como un derecho natural, en una mezcla de convicción y responsabilidad. En nuestra juventud éramos felices y muchos de nosotros no lo sabíamos. En un ángulo más personal, después de aquellos años, la Revolución, que es mi vida, la de la familia que me formó, y la de la

familia que fundé, ha sido levantarme todos los días al amanecer, trabajar muchas horas, y para rematar, disfrutarlo. A estas alturas, se me ocurre que es la mejor perspectiva posible.

Se me antoja entonces que Juan Valdés Paz y Julio Díaz, en sendos y excelentes textos del número 55, proponen miradas a la historia política y económica de la Revolución que explican este arduo presente. No creo que a cincuenta años hayamos superado todavía nuestro propio planteamiento original acerca de la Revolución socialista. Tampoco hemos terminado, y quizás no terminemos nunca, de comprender la relación entre la nación, su cultura toda, y la Revolución.

En esos sentidos, y por suerte para mí, me siento próximo —desde la convicción del valor fundamental de la institucionalidad para el presente y el futuro de la Revolución— a la visión que proponen Julio Antonio Fernández Estrada y Julio César Guancho en «Se acata...», pero se cumple. Constitución, República y socialismo en Cuba».

Por lo demás, las claves del análisis del compromiso están dadas en la mayoría de los textos de este número 55. Nelson Valdés nos ofrece una aproximación justa y necesaria a Fidel; Rafael Hernández y Edmundo García, entrevistan a Max Lesnik y a Manuel Ray, este último resulta sencillamente hilarante. Minervino Ochoa Carballosa demuestra con acierto el fracaso de la política económica del régimen de Batista. Jonathan C. Brown y Hal Klepak ofrecen información más que abundante para comprender que Cuba ha tenido y tiene al adversario más formidable que podría imaginarse como principal obstáculo y acicate a la posibilidad de una felicidad más responsable aun que la de mis años mozos.

Siguiendo con las sugerencias, les leo un fragmento del texto de Manuel Yepe sobre Checoslovaquia en 1968:

Muchas veces me he preguntado cómo habría repercutido en la seguridad del pueblo cubano una adhesión a la condena a la URSS, como, fundamentalmente, lo habrían preferido algunos cuadros superiores e intermedios y una parte de la población, o, por el contrario, un apoyo acrítico en aras de la solidaridad socialista, por el que optaban todos. La posición expuesta por Fidel, a partir de una diáfana interpretación de los acontecimientos, fue comprendida y hecha suya por todos, y prestó por ello también un servicio a la causa de la unidad del pueblo cubano y al fortalecimiento del Partido Comunista de Cuba como su vanguardia.

Les recomiendo, además, el texto de Enrique López Oliva «La iglesia católica y la Revolución cubana». Celebro la controversia sobre los cuatrocientos años de la literatura cubana, y los diferentes trabajos de «Entretemas» sobre ese tópico, siempre pendiente, de nuestras relaciones con el socialismo soviético.

Temas acierta con la propuesta «Mujeres parlamentarias cubanas (1936-1958)», de Olga Coffigny Leonard. Es un notable acierto que el número 55 nos ofrezca voces y temáticas menos conocidas, como esta última, poco investigada; trabajos de estudiosos de instituciones de otras provincias, y la reseña del libro de un muy talentoso narrador experimental, Alejandro Álvarez Bernal, escrita por el estudiante de la Universidad de La Habana Roberto Rodríguez.

Los lectores podrán divertirse y pensar a la vez con «AmaCubaZonSinCom o qué libros vende Amazon.com sobre Cuba», de Jorge Domínguez. Si las líneas de este trabajo sirven para orientarnos cómo nos ven fuera de Cuba, ya eso es suficiente para otros cincuenta años.

Termino recomendando la lectura de una carta de Tony Guerrero a *Temas*, aparecida en la sección *Correspondiendo*.

Cuando este número estaba en su fase de cierre, falleció en La Habana, Emilio Hernández Valdés, entrañable compañero, fundador de *Temas* y su primer Editor jefe. Emilio mantuvo siempre una estrecha colaboración con la revista, como autor, asesor y amigo.

Sus colegas de *Temas* lo tendremos siempre como uno de los nuestros.

Reinol González, quien fuera coordinador del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP)—una de las principales organizaciones que combatieron contra el poder revolucionario a principios de los 60— envió a Temas estas «Aclaraciones» a algunas de las respuestas del ingeniero Manuel Ray en la entrevista que le realizara Edmundo García para Temas número 55. Al enviárnoslas, autorizó a la revista a publicarlas en forma exclusiva. Solo se incluyen las declaraciones de Ray y las preguntas del periodista (en cursivas) cuando sean indispensables para comprender la réplica de Reinol González.

Aclaraciones

El Ing. Ray ha dado al periodista una versión viciada, incompleta, inexacta, no ajustada a la verdad. La entrevista requiere de mi parte algunas aclaraciones con la intención de dejar por escrito a los investigadores en el futuro un testimonio equilibrado de elementos a tomar en cuenta para llegar a capturar la verdad histórica.

Debo declarar que independiente de las históricas diferencias en la acción estratégica que el MRP tuvo con el Ing. Ray mientras fui Coordinador, no quiere decir que deje de reconocer sus méritos como valiente luchador y prestigio bien ganado. Nuestras diferencias fueron de otro orden como podrá apreciarse en las líneas que siguen.

1. Concluir que la jerarquía católica se había integrado al MRP porque tres de sus dirigentes seculares católicos nos habíamos integrado al equipo fundador del MRP es de un simplismo sorprendente. Es desconocer la separación existente de la acción política y de la acción religiosa y lo abarcador del término jerarquía católica. La Iglesia católica no endosa a ningún partido, movimiento o grupo político, defiende, eso sí, los valores y principios que guían la fe católica frente a los partidos y grupos políticos si es necesario y no renuncia a su misión apostólica prioritaria que es la de atender espiritualmente a todo el pueblo, sin importar afiliaciones políticas ni de otro orden.

Otra cosa muy diferente es que tres católicos, el Dr. Andrés Valdespino, Antonio Fernández Nuevo y yo, opuestos a las derivaciones hacia el comunismo de aquel proceso revolucionario que se vivía en medio de un aire enrarecido, tomáramos la decisión de contribuir a la fundación de un movimiento insurreccional, el MRP, para tratar de reencauzar el rumbo de la revolución.

2. El MRP fue fundado sobre la base de un compromiso establecido con el pueblo de Cuba de que la Dirección de la organización siempre permanecería en suelo cubano, en territorio nacional, corriendo los riesgos necesarios. Asimismo el MRP estableció al ser fundado que los militantes del movimiento residentes en el exterior tenían como misión fundamental la de apoyar logísticamente el desarrollo de las actividades clandestinas en Cuba. En cuanto a nuestras relaciones con las agencias

estadounidenses nuestra política fue considerarlas beneficiosas. Esperábamos que fueran buenos aliados y amigos respetuosos de las decisiones de nuestra organización. Esta política se convirtió en algo así como el «buque insignia» del MRP: dirigentes solo dentro de Cuba e independencia de las agencias estadounidenses. Esta fue la razón por la cual el MRP se convirtió en poco tiempo en la primera fuerza de la clandestinidad cubana, en número y recursos económicos, pero desarmada. Es una historia larga de contar. El MRP no recibió recursos económicos del exterior, no los aceptaba ni los necesitaba. Las armas que recibimos fueron ridículamente insuficientes. Una vez nos prometieron un envío anunciado como generoso; un dirigente del MRP se trasladó al Escambray para recibir por vía aérea las armas prometidas, en las coordenadas y luces acordadas, pero el piloto «se equivocó» y dejó caer el alijo de armas en manos de los milicianos.

El «buque insignia» del cual nos sentíamos orgullosos empezó a hacer agua después de una primera indisciplina cometida por el Ing. Ray:

—Un día el Ing. Ray, desconociendo a la Dirección Nacional, tomó una lancha rumbo a Miami, ignorando a la dirigencia que permanecía en Cuba fiel a la decisión y compromiso que era de conocimiento público en cuanto permanecer en suelo cubano. Golpe moral que resintieron nuestras filas en Cuba.

Más adelante produjo la segunda indisciplina:

—El Ing. Ray decidió (de nuevo decisión unilateral) ingresar el MRP al Consejo Revolucionario sin siquiera comunicarlo a la Dirección Nacional anclada en Cuba.

Finalmente una tercera indisciplina:

—Poco después del desastre de Girón, retiró el MRP del Consejo Revolucionario en Miami, sin contar de nuevo con la Dirección en Cuba.

En buen criollo: un verdadero relajo que la Dirección Nacional indignada tuvo que debatir.

La Dirección Nacional de MRP se vio obligada a convocar una riesgosa reunión nacional con todos los dirigentes del movimiento para analizar la actitud del Ing. Ray. En esa reunión se tomó el acuerdo por *unanimidad* de separar de sus funciones al Ing. Ray así como la de enviar a Miami a Ignacio Mendoza con la misión de comunicar los acuerdos y realizar la reestructuración del movimiento.

3. Nuestra comunicación con la CIA era frecuente, de manera especial con uno de sus de sus agentes en Cuba, el estadounidense James Omailia, profesor de la Universidad de Villanueva. El profesor Omailia, independiente de su peligrosa gestión de servir de contacto entre el liderazgo de la clandestinidad y la CIA, fue una persona que daba muestras de un gran compromiso con nuestra causa en Cuba. Su valentía era sorprendente hasta el punto que decidió correr el riesgo de permanecer en suelo cubano varios meses después de las detenciones, en octubre de 1961, de numerosos dirigentes y militantes del MRP.

Poco después de mi liberación y de mi llegada a Miami le visité en su casa. Me explicó, que había permanecido en Cuba para terminar los asuntos que tenía pendientes. Así que nada de particular descubre el Ing. Ray con su declaración de mis reuniones con agentes de la CIA.

Rectifiquemos otra equivocación del Ing. Ray. El nombre del laboratorio donde se realizó la reunión a la que hace referencia era Bicarsen y no Horizonte y su dueño de apellido Orizondo, un dirigente de la Sección de Profesionales del movimiento.

4. Sobre este fragmento:

E.G.: *¿Reynol se reúne ahí con la Agencia Central de Inteligencia?*

M.R.R.: *Esto que te cuento estaba en contra de la política de los Estados Unidos en ese momento. Kennedy no estaba en esa línea, aunque tú no lo creas.*

Estaría en contra de la política de los Estados Unidos, no lo discuto, pero la realidad es que sus agentes, los de la CIA, estaban operando en Cuba.

5. Sobre el siguiente fragmento:

E.G.: *La operación que se lleva a cabo después del fracaso de Bahía de Cochinos, donde la CIA comienza a buscar vínculos y acciones dentro de Cuba, incluyendo el asesinato de Fidel.*

M.R.R.: *Lo que sí sé es que en ese momento mandan a una persona, Ignacio Mendoza, para que diera el mensaje de que debían separarnos a los que estábamos afuera. Se entrevista en ese lugar con Reynol y le dice que si ellos nos separan a todos los que estamos en el exilio, que habíamos salido del Consejo Revolucionario Cubano, les iban a dar hasta un acorazado.*

El Ing. Ray está confundido. Ignacio Mendoza era miembro de la Dirección del MRP en Cuba. Estuvo en Cuba hasta que aceptó la misión que le asignamos. Fue escogido para viajar a Miami en calidad de portador y portavoz del acuerdo tomado por unanimidad por la Dirección del Movimiento de suspender en sus funciones al Ing. Ray por sus reiteradas indisciplinas. Ignacio Mendoza llevaba además la misión de asumir la dirección del MRP en el exilio para reestructurarlo. Las indisciplinas de Ray

que ocasionaron su destitución: salir de Cuba hacia Miami, sin comunicarlo a la dirección del Movimiento; ingresar el MRP al Consejo Revolucionario por decisión propia e inconsulta y finalmente retirarse del Consejo Revolucionario igualmente por decisión personal e inconsulta; preparar y presentar al gobierno estadounidense planes de lucha en nombre del MRP sin consultar con el movimiento en Cuba; tener contactos regulares con la CIA y las organizaciones anticastristas del exilio, sin hacernos llegar un mínimo de información, aunque las razones de seguridad justificaran su carácter genérico. Todo esto indica el grado de protagonismo que proyectaba. Nos dañaba. Lo demás son puras elucubraciones del Ing. Ray que me sorprenden. No salgo de mi asombro.

6. Otra aclaración:

E.G.: *¿Usted me está diciendo que la CIA le dice a Reynol González que a usted hay que separarlo de la dirección del MRP, siendo usted su fundador?*

M.R.R.: *A mí y prácticamente a toda la Dirección, que estábamos afuera.*

Falso. Es una afirmación incierta. Una de las bases fundamentales en las que se asentaba el MRP fue, como hemos expresado, la de ser una organización que no recibía órdenes de ningún organismo ajeno al nuestro. Repito, todos los compromisos públicos o internos, que dieron vida al MRP, se cumplieron en Cuba en todo momento y punto por punto.

7. Sobre el fragmento siguiente:

M.R.R.: *Le dicen que esta es una decisión de la CIA —y Reynol se lo cree. Cuando yo hablo con él por teléfono, le digo que eso no es verdad, que nos estaban dividiendo; y que anunciar que Felipe Pazos, Chibás y yo estábamos separados iba a tener un efecto negativo para el MRP. Yo te puedo enseñar un periódico donde aparece todo lo que él anunció después. En ese momento, cuando está sucediendo esa entrevista, pasa por allí el padre Bastarrica, un cura que yo apreciaba mucho, y regresa diciendo que ahora sí es verdad que el movimiento católico ha cogido el control de todos los otros movimientos*

Es una elucubración. Me parece que aquí se delata un rasgo obsesivo mezclado con un poco de fantasía. Por definición el movimiento católico, organizado como tal, no debe intervenir en la acción que corresponde a los laicos/seglares. Otra cosa es que los seglares católicos ejerzan como personas su capacidad de presión en toda la sociedad, para difundir y defender sus valores y principios. Bastarrica fue un santo sacerdote franciscano que respondía y ayudaba a todo aquel que tocara a su puerta. Más nada. Otra cosa es elucubrar. El Ing. Ray debe recordar que la raíz de la división la inició él con sus indisciplinas.

Me gustaría saber qué entiende el Ing. Ray por jerarquía católica, pues la afirmación de que quería controlar toda resistencia es atrevida. El espectro de oposición a la revolución era tan grande en ese momento que existían casi cien organizaciones, lo que nos indica lo ridículo que se puedan controlar por otros organismos. Los señalamientos del Ing. Ray no son serios. Ciertamente Alberto Muller y Juan Manuel Salvat eran católicos como lo fueron numerosos dirigentes y combatientes. Muchos otros militaban en otras denominaciones o creencias filosóficas. El espectro de los comprometidos en la oposición a la dictadura cubana fuimos muchos.

Repito, la suspensión del Ing. Ray, fue una decisión soberana, ampliamente analizada y aprobada por unanimidad en sesión de la Dirección del MRP en Cuba.

No queda otro remedio que aclarar algunas desinformaciones que brinda el Ing. Ray como por ejemplo la de Monseñor José Vicente Salazar. La información que brinda está equivocada.

Monseñor Salazar fue un sacerdote costarricense que visitó Cuba en el año ¡1947! para ayudar a fundar la JOC (Juventud Obrera Católica). En la calle 20 de San José de Costa Rica dirigía una Congregación de Monjas consagrada a la Virgen de la Inmaculada, conocida popularmente como las monjas verdes, por el color del hábito. Posteriormente, durante la lucha contra la dictadura de Batista, José de Jesús Plana, Reinaldo Pico y yo tuvimos que salir de Cuba después de fracasar la huelga de abril 1958. Monseñor Salazar nos dio asilo en el Convento de las monjas verdes. Mons. Salazar nada tuvo que ver con el MRP. Desconozco si años después estuvo por Miami y conoció al Ing. Ray, aunque adelanto que tengo la percepción de que aquí existe otro despiste de Ray.

No tengo nada que objetar a la categórica respuesta del Ing. Ray sobre nuestra relación de no dependencia del gobierno de los Estados Unidos, así como la oportuna aclaración de que no fuimos, ni somos, sus enemigos. Así fue la manera de pensar, sentir y actuar del MRP, *tanto en el exterior como en Cuba*. Decir lo contrario no es ajustarse a la verdad. Y aquí se pone de manifiesto una contradicción del Ing. Ray al afirmar que la CIA me dio las instrucciones para destituirlo.

Rechazo categóricamente toda pretensión o insinuación de presentarme (lo mismo que a otros compañeros de la organización) como simples ejecutores de órdenes emanadas del gobierno de los Estados Unidos. El Ing. Ray fue separado de la Dirección del movimiento por el daño que nos hacía su desbordado protagonismo.

Yo tampoco tengo conocimiento de la Operación Mangosta. El MRP en Cuba no tuvo información

de esa Operación. Lo que sí puedo decir es que después de Bahía de Cochinos la clandestinidad quedó prácticamente desarticulada. Propuse a la Dirección del movimiento cambiar de estrategia para dejar en Cuba un pequeño equipo de personas para apoyo humanitario y el resto de la organización salir del país para continuar la lucha desde el exterior. La dirección aprobó mi propuesta solo por un voto de diferencia. Les pedí que por margen tan estrecho no debiéramos cumplir con ese acuerdo. Así se hizo. Continuamos con las acciones y sabotajes posibles excepto lo que afirma el periodista de realizar asesinatos de políticos en el marco de esa Operación Mangosta. Eso de «asesinatos» suena tenebroso. La práctica condenable de atentados indiscriminados —terrorismo— no se utilizó por parte del MRP ni por las restantes organizaciones de la clandestinidad. En nuestro proceso de confrontación con el régimen no se nos puede atribuir ni un solo muerto por acciones indiscriminadas. El único atentado político con el que trabajamos fue el que estaba planificado para ejecutarse desde un apartamento en la Ave. Misiones, frente al Palacio Presidencial, enfocado a los principales dirigentes de la revolución incluido Fidel Castro, hecho probablemente muy conocido por los lectores de estas líneas. Días antes de la fecha programada para este atentado, el Jefe de Acción y Sabotaje, responsable de dirigir la operación y de dar las ordenes finales, tomó la lancha que el Movimiento tenía en Uva Caleta, sin anunciar su decisión, huyendo hacia Miami dejando en Cuba desmoralizados a los miembros de la sección de acción y sabotaje y a los artilleros comprometidos a ejecutar esa acción magnicida, pues no entendían la razón por la cual ese día no recibieron instrucciones específicas ni apareció el máximo responsable del grupo. El colapso de esta operación vino a ser como el preludio del debilitamiento y desaparición de la mayor parte de las organizaciones de la clandestinidad combatiente.

Conclusión

Estas aclaraciones, como ya lo hemos expresado, tienen como propósito fundamental la de reavivar la memoria histórica para que olvidos y equivocaciones que el Ing. Manuel Ray Rivero manifestó en su entrevista con el periodista Edmundo García publicada en la revista *Temas*, La Habana, Cuba, no corran el peligro de llevar a las generaciones futuras hechos y acontecimiento de nuestro proceso que están incompletos, distorsionados o no son ciertos.

Reinol González
Miami, febrero 2009.